

# Los fantasmas se dan cita

## El Marqués de Caravaca y el Monumento a la Independencia

Manuel Portillo

*Y como lo que concibo  
nunca puede tener peros...*  
Calendario de Ignacio Trigueros

### 1. LA NACIÓN

Acaso la historia de la formación del Jardín de la Plaza de Armas de la Ciudad de México se inició el día en que Ignacio Trigueros fue nombrado Alcalde del Municipio. O quizás el 22 de enero, la fecha en que tomó posesión del cargo. Pero tal vez en este ensayo de reconstrucción histórica sería más acertado afirmar, atendiendo de manera preferente a los testimonios que proporciona la prensa, que la pequeña historia del jardín, cuya imagen contribuyó decisivamente al ideal de embellecimiento de la ciudad decimonónica, se inició un 9 de febrero de 1866. El día en que *La Nación* incluyó una gacetilla donde informó que en ambos lados de la Plaza de Armas se estaban “construyendo numerosos bancos de piedra para uso de las personas que irán a tomar el fresco en las veladas de verano, colocándolos de intersticio entre los árboles”. Novedad que al día siguiente se reprodujo puntualmente en otros diarios de la ciudad. Entre ellos *El Cronista de México*, quien comunicó a sus lectores que en la “espaciosa Plaza” se estaban plantando “algunos más árboles, podando los antiguos y colocando asientos de piedra en el espacio que media de uno a otro árbol”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *El Cronista de México*, 10 de febrero de 1866.

### 2. EL PAJARO VERDE

No hubo en esos primeros informes ninguna palabra que hablara de planes preliminares o de proyectos futuros y, si tal vez algo se quiso enunciar al respecto, esto quedó escasamente advertido en un vago deseo de que las obras se concluyeran “lo más pronto posible”. Todo parecía indicar que las autoridades habían resuelto consumir, durante los últimos días de la estación más apropiada para los plantíos, una reforma que proveería de nuevas y refrescantes sombras al recinto vasto y abrasador de la Plaza de Armas, pero la conjunción de posteriores y sucesivas noticias arrojó un poco de luz sobre las miras ulteriores que perseguía el Ayuntamiento. Primero, en una nota consagrada en lo principal a tributar algunas frases laudatorias al trabajo de las nuevas autoridades locales, el 21 de febrero *La Sociedad* informó que se estaban colocando losas en los pisos de las nuevas calzadas que, bordeadas de árboles, iban desde los ángulos al centro de la Plaza. Y luego, en la segunda semana de marzo, *El Cronista de México* publicó en las “Noticias sueltas” lo siguiente: “Bancos de fierro. Se ha colocado uno entre los nuevos árboles que están plantándose enfrente a Catedral. Su respaldo, que se levanta en medio de él, sirve de apoyo para que se puedan reclinar los que se sienten mirando a distinto viento”.<sup>2</sup>

Serían vanos los esfuerzos que pretendieran recopilar siquiera un manojito de citas sobre las impresiones que los bancos de fierro y las calzadas bordeadas de

<sup>2</sup> *El Cronista de México*, 7 de marzo de 1866.

sombras provocaron en la sensibilidad decimonónica. Para llenar este enorme vacío se me ocurre conjeturar por lo menos que estas noticias animaron con creces el disminuido optimismo de los moradores de la ciudad imperial. Y es razonable admitirlo. Prometían un espectáculo nunca antes visto y anunciaban detalles maravillosos de un novísimo y sorprendente paisaje. Eran tan halagüeñas, tan placenteras. Un poco de esto asomó en *El Cronista...*, por el acento que puso sobre la naturaleza de los diseños ornamentales, cuando éste acudió a conceptos de incuestionable prestigio para definir el moderno modelo de los bancos de hierro que habrían de sustituir a las bancas de piedra tradicionales: “es elegante y reúne el buen gusto a la solidez”.<sup>3</sup>

*El Pájaro Verde* coincidió en su dictamen sobre el modelo. Y lo juzgó tan relevante que introdujo en su noticia, igual que un anclaje verbal en una imagen publicitaria, una suerte de reflexión que procuraba persuadir a sus lectores de la trascendencia que re vestía el inusitado acontecimiento: “Andando el tiempo tendremos bonitas plazas con árboles que presten fresca sombra, con aguas cristalinas[...]”.<sup>4</sup> En otras palabras y desde nuestra perspectiva: esta singular advertencia incorporó una efusiva expresión al modelo de “sofá” colocado entre árboles de follajes placenteros, una ven-

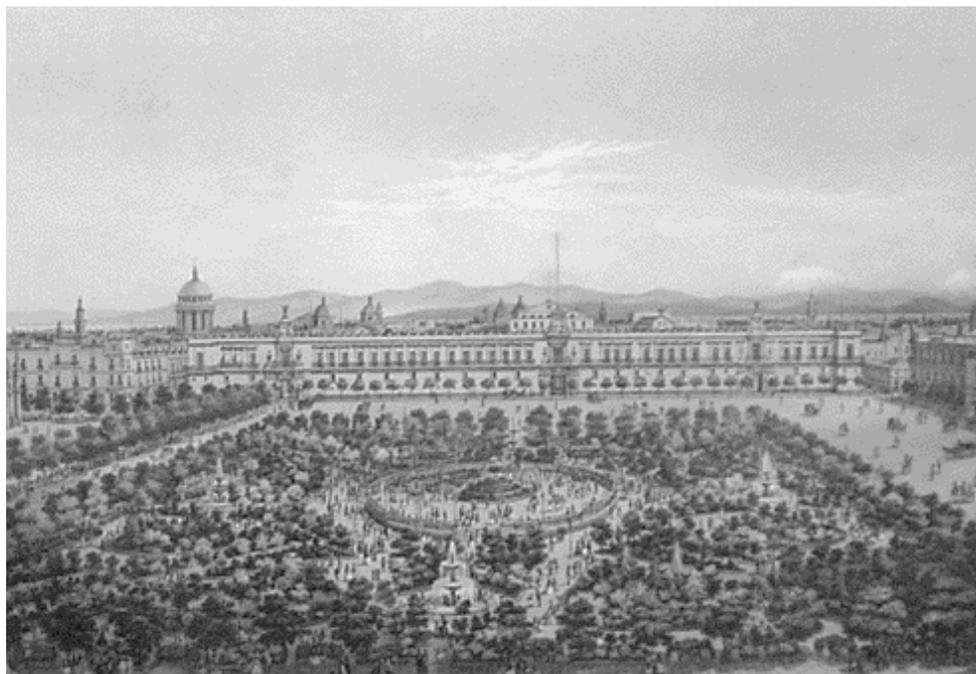
tuosa y coruscante iluminación que proyectó un nuevo sentido a las reformas de ornato que modernizaban la apariencia de la capital imperial: aquel “elegante” modelo de hierro, prototipo de comodidad y “buen gusto”, constituyó la prefiguración metafórica de una imagen ideal firmemente adherida al mundo ilusorio de la urbe feliz y perfecta. (¿Anuncio de la ciudad porfiriana?)

### 3. *L'ERE NOUVELLE*

Algo faltaba, sin embargo. Algo importante estaba excluido de aquellas líneas primordiales que esbozaron el vago paisaje de lo que estaba por acaecer en la Plaza. No había ninguna alusión a los proyectos de “embellecimiento” que el Emperador pretendía realizar en diferentes rumbos de la ciudad. Tampoco había ninguna mención al zócalo, el basamento ubicado en el centro y elemento visual conspicuo en aquel conjunto arquitectónico. Era tan notable la omisión en un tema subalterno, que no titubeo en calificarla de extraña e inexplicable, omisión que parecía provenir de una voluntad empeñada en anular con el silencio las peripecias cotidianas de la realidad imperial. Sobre todo porque desde la publicación, en julio de 1864, de la convocatoria dirigida a ingenieros y artistas, que precedió a la ostentosa y teatral ceremonia del 16 de septiembre de ese mismo año en que Carlota había colocado la primera piedra, los ojos ilustrados de la ciudad estaban puestos en el centro de la Plaza Mayor en espera del día en que

<sup>3</sup> *El Cronista de México*, 7 de marzo de 1866. Al parecer, todas las bancas de piedra que se construían al principio y que refirieron las primeras noticias, fueron sustituidas por los bancos de hierro.

<sup>4</sup> *El Pájaro Verde*, 9 de marzo de 1866.



Casimiro Castro, *Jardín de la Plaza de Armas*, s. XIX



El Cronista de México, 7 de marzo de 1866



El Pájaro Verde, 9 de marzo de 1866

llegara tan venturoso suceso;<sup>5</sup> porque Maximiliano había hecho de la glorificación de los héroes un tema esencial de sus prevenciones políticas dirigidas a construir la legitimidad y la identidad históricas que pretendía el gobierno imperial. ¿Era este nuevo jardín una entidad independiente del proyecto del monumento? ¿Vistos en el conjunto de la renovación de la imagen urbana, había algún vínculo entre estos proyectos dirigidos a “dignificar” la ciudad imperial? ¿Eran complementarios?

Con todo, el mutismo de los diarios se vio indirecta y significativamente interrumpido en tres ocasiones. Un primer momento ocurrió el 10 de mayo, cuando *L'Ere Nouvelle*, tras informar que se había concluido el modelo del monumento que se pensaba erigir en la Plaza, agregó un comentario ambiguo apenas frontero con el sarcasmo y que aquí traducimos: “La realización de ese proyecto completaría dignamente el trabajo de embellecimiento que la municipalidad ha emprendido; pero es poco probable que la situación del tesoro permita el lujo de semejante gasto”.

Aunque el tono escéptico, la evidente alusión a las dificultades financieras del imperio y el desliz insidioso de la palabra *lujo* seguramente resonaron en algunos oídos como si fueran los insolentes rechinos de una provocación, la nota proporcionada por *L'Ere...* no era por ningún concepto una exclusivade este periódico. La redacción no había hecho más que recurrir al usual expediente de reproducir, en este caso parcialmente, una referencia que los otros diarios de la ciudad habían

<sup>5</sup> Sobre la convocatoria y los proyectos relativos al monumento véase: Esther Acevedo, *Testimonios artísticos de un episodio fugaz, 1864-1866*, México, Museo Nacional de Arte, INBA, 1995, pp. 115-120.

divulgado en los días anteriores. Por cierto, una noticia que, con la notable y valiosa excepción de *El Cronista de México*, los demás diarios habían publicado del mismo modo en que lo había hecho *L'Ere...*, es decir, sin mencionar la fuente, como si hubiera desconfianza en la veracidad de la información o como si los prejuicios del siglo pretendieran acallar los probables méritos periodísticos de un cronista desconocido: “un periódico dice”, informó el día 9 *La Sociedad*; “parece que el arquitecto”, asentó el día 10 *El Pájaro Verde*.

#### 4. EL MARQUÉS DE CARAVACA

Opacidad insólita e innecesaria, diríamos ahora, donde las cosas hubieran podido ser transparentes sin menoscabo de la verdad. En su tirada del 8 de mayo, *El Cronista...* había publicado con antelación la misma nota que anunciaba que Ramón Rodríguez Arangoity, “un arquitecto mexicano de gran reputación”, había concluido el modelo del monumento conmemorativo de la independencia. No había en tal caso espacio para misterios superfluos. La nota no era un mero trascendido ni una patraña anónima inventada con propósitos desconocidos. *El Cronista...*, escrupuloso, había publicado íntegra la noticia y dado a conocer sin reservas al responsable de la información: *El Marqués de Caravaca*, inusitado y sugerente título de un novedoso periódico, cuyo primer número se había distribuido apenas el 3 de mayo, y al que sus propios redactores anunciaron como “un periódico retrógrado, conservador, santurrón y de chanzas pesadas”, acaso con la lúcida inocencia de pasar de contrabando la valija de sus ideas políticas. En verdad un sugerente título que sospecho entrañaba una delgada insinuación a la querencia de Maximiliano por la vecina

población de Cuernavaca y que reproducía, inequívocamente, el *Carabás* del supuesto marqués y amo del gato protagonista de una fábula: “El gato con botas”.

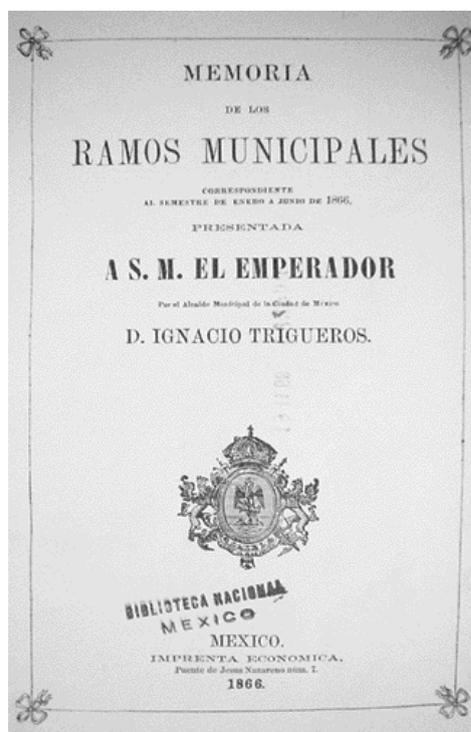
Hasta este momento no he encontrado en los repositorios que he consultado en la Ciudad de México ningún ejemplar de este periódico, quizás un tabloide bisemanal —jueves y domingos. Y sólo tengo noticia de su existencia por las reiteradas referencias que hay en las columnas de la prensa de esos días imperiales, además de las pocas que existen en algunas páginas de la literatura nacional.<sup>6</sup> Por ejemplo, *L'Ere...* le llamó siempre *Le Marquis de Carabás* y lo calificó como “un journal politique”; *La Orquesta* dedicó una sinfonía de bienvenida al *Marqués* “que ha saltado al zarzal periodístico con el decidido conato de apoyar al retroceso”. *El Pájaro...* dijo que “cada marqués piensa con su cabeza”. *El Cronista de México* anticipó la noticia de que el jueves 3 de mayo aparecería el primer número de *El Marqués*, y caballerosamente le deseó una larga vida. Precisamente lo que no tuvo, pues muy pronto el enigmático jefe de redacción al servicio de *El Marqués* se fue “de boca”, dijo *La Sombra*, e incapaz de seducir la vanidad de la testa imperial con la gracia de sus notas “chispeantes” fue sorprendido *in fraganti* por sus adversarios políticos —para injuria de la astucia sugerida en su título— y sin tardanza cayó en las garras del ogro disfrazado de Prefecto y, sin remedio, el amo tuvo que pagar las terribles consecuencias de un acto asaz temerario.

El 18 de mayo la Prefectura Política le dirigió una advertencia acusándolo de subversivo y sedicioso por un artículo titulado “Sobre un volcán”, que apareció en el número 5 (jueves 17 de mayo) en el que anunciaba el inminente desmoronamiento del imperio como consecuencia de la situación política creada por la noticia de la cercana retirada del ejército expedicionario. Tres días más tarde, el 21 de mayo, la censura le impuso una segunda advertencia y treinta días de suspensión por haber incurrido en abuso de la libertad de imprenta al insistir en el número 6 (domingo 20 de mayo) “en el propósito de renovar las animosidades de los partidos y alarmar al público con indicaciones que amenazan la existencia del gobierno, sin tener para ello más que suposiciones gratuitas”.<sup>7</sup> Finalmente, el 30 de mayo apareció el último número del *Marqués* y de inmediato la Prefectura le dictó la suspensión definitiva: “Señores redactores. En el número 7 del periódico que ustedes redactan[...] no vacilan en calumniar del modo más inocuo a las autoridades encargadas de vigilar el buen

orden y la seguridad pública[...]”. El 2 de junio, *El Pájaro Verde* dio la fatal noticia y escribió un epitafio que transcribimos aquí: “la ausencia de *El Marqués de Caravaca*, que debía durar solamente un mes, será eterna. Un tercer apercebimiento lo mató en flor en botón”.

##### 5. LA SOCIEDAD

Los informes sobre las obras de la Plaza reaparecieron en la prensa unos días después de los escépticos comentarios de *L'Ere Nouvelle* (10 de mayo), pero entonces fueron explícitos y revelaron que seguramente ya habrían pregonado los ruidos de la ciudad. *La Sociedad* informó, el 19 de mayo, que una multitud de operarios estaba trabajando en las obras de “ornato y utilidad” promovidas por el Ayuntamiento. Fue una reseña sucinta, mejor dicho, apenas un apunte minúsculo, pero suficiente para mostrar los tópicos del nuevo recinto al que denominó el *Jardín de la Plaza* banquetas, andadores, árboles, flores, fuentes, asientos de hierro. No hubo, como siempre, referencias al zócalo ni tampoco noticias del monumento. La obstinada retórica del silencio contribuía a poner las cosas en claro: el futuro *Jardín* era tan independiente y autónomo del proyecto de monumento como lo eran entre sí, en lo administrativo y en lo político, el Ministerio de Fomento y el Alcalde del Municipio. El ornato de la Plaza de Armas no tenía por destino la celebración de memorias históricas en el anchuroso



Ignacio Trigueros, *Memoria...*, 1866

<sup>6</sup> Véase la introducción de Clementina Díaz y de Ovando a la novela de Juan A. Mateos, *El Cerro de las Campanas, memorias de un guerrillero*, México, Porrúa, 1971, LXXXVII, 427 pp. (“Sepan Cuantos...” 193).

<sup>7</sup> *El Cronista de México*, 25 de mayo de 1866. Como consecuencia de la segunda advertencia el *Marqués* no apareció el jueves siguiente. *L'Ere...* escribió el 27 de mayo: “le *Marquis* n’a paru jeudi. Mais il a chargé le *Cronista* d’annoncer sa réparation apres[...]”.



*El Pájaro Verde*, 9 de marzo de 1866

centro simbólico de aquel Imperio Mexicano, más mundano, más apegado a los placeres de la buena sociedad, pretendía, entre las contingencias de la historia cuenta, la fundación de un jardín público: aromático, saludable, ornamental (como si fuera una fantasía inspirada en los *squares* parisienses de la “experiencia haussmanniana”).

Muy pronto, el 23 de mayo, al reseñar ampliamente las obras públicas que el Ayuntamiento ejecutaba en las calles de la ciudad, *El Cronista...* abordó la cuestión del *Jardín* en los siguientes términos:

Deseando también [...] —el Sr. Trigueros— que la gente que se reúne en las noches de luna en la Plaza de Armas tenga alguna distracción, y atendiendo a la salubridad pública ha mandado construir cuatro fuentes al rededor del zócalo, colocar número conveniente de bancas de hierro y plantar mayor número de árboles y plantas que a más de embellecer este recinto, embalsamen saludablemente a la atmósfera.

No es improbable que toda esta reseña hubiera sido escrita a partir de un boletín redactado en el Ayuntamiento. En ella están, en gestación, pero ya definidos, los principales temas que Ignacio Trigueros desplegó en la primera *Memoria* que presentó al Emperador; temas que alcanzarían en 1868 su última expresión retórica e ideológica en la calculada defensa política que hizo de su gestión, contra los cargos de la Junta Municipal republicana que le había incriminado de malgastar en obras de lujo los exiguos recursos del Ayuntamiento. Servidor

obediente del Imperio y pro tagonista eficaz de la doctrina del bien público, entreverada en ocasiones con la filantropía, Trigueros asumió el perfil decidido del funcionario responsable del mejoramiento de los servicios urbanos; comprometido con el ornato de la ciudad; interesado en la salud y en el bienestar de las clases medias (tal vez parodia involuntaria de las ideas de Napoleón III y del urbanismo de mediados del siglo) y, muy a tono con la sensibilidad de su tiempo, entusiasta protector del así llamado “bello sexo”.

#### 6. LA SOMBRA

Hacia finales de mayo, casi inmediato a esta reseña publicada por *El Cronista...* y difundida después por los demás diarios, ocurrió el segundo momento, o, si se quiere, un falso segundo momento, cuando la prensa divulgó una descripción del monumento proyectado “por encargo del Emperador, para el centro de la plaza principal”. Podría creerse a primera vista que esta noticia fue una respuesta a las precedentes reseñas sobre el jardín, pero debemos advertir que no se trató más que de la satisfacción de un compromiso pendiente. Al referirse al modelo del monumento, *El Marqués...* había contraído una obligación con sus lectores: “Hemos tenido el gusto de verle [...] en nuestro próximo número daremos una descripción [...]”.<sup>8</sup> Pero el compromiso, supongo, no se cumplió en el siguiente número, sino, según lo indicó

<sup>8</sup> *El Cronista de México*, 8 de mayo de 1866.

*L'Ere...*, “quelques jours avant sa disparition”<sup>9</sup> (quizás en el número 6 o en el 7); es decir, unos días antes de que el filo de la censura le segara la vida.<sup>10</sup> Por eso se puede decir rectamente, y en términos periodísticos, que el segundo momento no fue más que la continuación y el final de la primigenia noticia sobre el modelo. Afirmación que, por supuesto, exige enunciar dos preguntas: ¿Dónde vio *El Marqués*... el proyecto de Rodríguez? ¿Qué propósitos animaron al enigmático periódico para dar a conocer los detalles de este proyecto?

Ya lo hemos consignado, el talante de *El Marqués*... no sólo era “santurrón”, era igualmente “político” y, se dijo entonces, en su misteriosa personalidad “se encontraban asociados el talento, la gracia y el saber”.<sup>11</sup> Aunque, sin duda, distantes de la superlativa y paradigmática astucia del gato con botas que popularizó Perrault, los rasgos de esa naturaleza sin par pueden ser, en este ensayo, un auxilio oportuno para escudriñar en los renglones finales de la descripción del monumento, donde, por una parte, *El Marqués*... escribió, en oscura sintaxis, que Ramón Rodríguez se había visto obligado a proyectar una columna en lugar de un “obelisco monolito” únicamente para “obsequiar los deseos” del Emperador y que “según el juicio de varios inteligentes” el monumento carecía de la originalidad del obelisco; y donde, por otra, apuntó que sus comentarios no tenían más intención que la de “estimular a nuestro compatriota y llamar la atención del público sobre un trabajo que como todos los del señor Rodríguez, tiene tanta idealidad como belleza y corrección”.

Extravagante lisonja y risible efusión de patriotismo los de ese *Marqués* que prescindiendo de las borrascosas circunstancias de la intervención extranjera, parecían consagradas a confinar en el desván oscuro de la memoria una situación a todas luces evidente: el arquitecto Rodríguez estaba al servicio del príncipe austriaco. No deja de ser atractivo, por lo mismo, presumir que el desplante de patriótica solidaridad fue una ocurrencia burlesca o el inadvertido sarcasmo de un liberal sedicioso y enemigo de “afrancesamientos”. Y siendo muy sugerente también, es inevitable suponer que la mención del “juicio de varios inteligentes” fue tanto la irreverente objeción al gusto artístico de Maximiliano como una impugnación a las inclinaciones estéticas de los arquitectos extranjeros de la corte imperial, fingidamente encubiertas en los aldeanos elogios a los méritos artísticos del compatriota.

Pero lo que realmente resulta una tentación formidable es sospechar que detrás del respaldo nacionalista se hallaba una referencia furtiva a Lorenzo de la Hidalga, un cono-

cido arquitecto español cuyos antecedentes lo vinculaban, entre los círculos oficiales y entre los “inteligentes en materias artísticas”, con los viejos y, presuntamente, también con los nuevos proyectos del monumento a la independencia.<sup>12</sup> ¿Habría que recordar que el zócalo, el magnífico y ostensible basamento, era el cimiento de un primitivo y malogrado proyecto? Y me pregunto también, pues no puedo afirmarlo sin aflicción, si no fue el mismo arquitecto Rodríguez quien mostró al *Marqués* el modelo del monumento, y en tal caso, si la descripción y el retórico patriotismo que le adornó no fueron la intromisión oficiosa del *Marqués* en una disputa entre personajes involucrados en importantes y por demás significativos proyectos. Pero aquí se interpone evidentemente la desagradable incomodidad de un dilema: ¿Tuvo Lorenzo de la Hidalga algo que ver con el *Jardín de la Plaza*?

Es necesario hacer un simulacro de confesión: la incomodidad sólo es banal artificio. Esta pregunta presupone la existencia de unas minucias sobre las cuales no debe caer la ponzoña del escepticismo, por más voraz que éste sea. Sin que se puedan determinar con fidelidad todos los aspectos de la participación de Lorenzo de la Hidalga, es necesario reconocer que este personaje tuvo algo (o mucho) que ver con los orígenes y las obras del *Jardín de la Plaza*. Fue algo tan medular que su nombre quedó inscrito, junto al de Ignacio Trigueros, en la cantera de las tazas de las fuentes, y algo tan primordial que el Ayuntamiento le pagó una substancial suma de dinero. Justamente, el Sr. Hidalgo (*sic*) dirigió “las obras del jardín”, al menos eso fue lo que se dijo en la primera noticia que hubo sobre los árboles y las bancas de piedra; ortografía que al día siguiente corrigió, sin más aclaraciones, el *Cronista* cuando escribió: “el Sr. Hidalgo, a quien se ha encargado las obras”.<sup>13</sup> Y eso es, ni más ni menos, lo que confirma la inscripción que años después recogió Jesús Galindo y Villa, diletante cronista de la ciudad e ingeniero aficionado a la epigrafía; y es lo mismo que puede corroborarse en una noticia de gastos erogados en el *Jardín de la Plaza*, recabada en julio de 1867 por la Junta Municipal, en los días previos a la entrada triunfal del presidente Benito Juárez.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> Véase Esther Acevedo, *Testimonios artísticos...*, p. 120.

<sup>13</sup> *La Nación*, 9 de febrero y *El Cronista de México*, 10 de febrero de 1866.

<sup>14</sup> “En el zócalo se conservan todavía las cuatro fuentes de la época de don Ignacio Trigueros, y en las tazas de ellas se ve un letrero que dice: SIENDO ALCALDE MPL. DON IGNACIO TRIGUEROS-ARQUITECTO DON LO. DE LA HIDALGA. AÑO 1866.” Jesús Galindo y Villa, “Rincones de historia metropolitana. La Plaza Mayor de la Ciudad de México” en *Anales del Museo Nacional México*, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etología, 1913, t. v, pp. 363-364.

La noticia se refiere a los gastos erogados en las obras del jardín hasta el 21 de junio de 1867. Figuran en este documento un adeudo y una cantidad pagada a Lorenzo de la Hidalga. AHCM. Paseos y jardines. vol. 3586, exp. 39.

<sup>9</sup> *L'Ere Nouvelle*, 21 de junio de 1866.

<sup>10</sup> La descripción de la columna se reprodujo en diversas fechas y en varios periódicos, por ejemplo: el 31 de mayo en *El Cronista de México*; el 6 de junio en *El Pájaro Verde*, y el 21 de junio en *L'Ere Nouvelle*.

<sup>11</sup> *El Cronista de México*, 31 de mayo de 1866.

Es pertinente asentar, así sea brevemente: sin vestigios explícitos que lo confirmen, no es aventurado pensar que los *parterres* del *Jardín* rezumaron el estilo y la atmósfera de los *squares* parisienses. La mano de Jean Va renne, el jardinero francés de la Comisión de Paseos del Ayuntamiento, y la hegemonía de los tiempos así lo habrán infundido. Pero “el pensamiento” de formar un *Jardín*, hasta donde he podido indagarlo, no surgió, como se ha escrito, del gusto por los jardines y de las inclinaciones de Maximiliano hacia la arquitectura. Al margen de las obvias influencias de los modelos del urbanismo francés, ese *Jardín*, si no yerra mi discernimiento, fue resultado de una inquietud personal de Ignacio Trigueros y el compendio de un pretérito interés por decorar el ámbito de la Plaza, arraigado en la sociedad ilustrada y diferida por la adversidad de las circunstancias históricas (Tadeo Ortiz representa la expresión más conocida). No es exagerado afirmar que el *Jardín* de Trigueros fue una tardía culminación de genuinas controversias sobre la índole arquitectónica y la función social de la gran Plaza, motivadas por frustrados intentos que pretendieron “embellecerla” con fuentes, con árboles frondosos que “contribuyeran a la mejor salubridad” de la ciudad.

Prescindiendo aquí de discurrir sobre los temas anteriores, resulta indispensable registrar de forma provisional que en el jardín de Trigueros reaparecieron los pisos de losa, las cuatro fuentes y la “doble hilera de árboles” de un “plan y presupuesto” “para formar un paseo en la Plaza



Don Ignacio Trigueros

Principal” que De la Hidalga había presentado a la consideración del Presidente de la República, en el ya distante septiembre de 1848.<sup>15</sup> Adicionalmente, es preciso asentar que Trigueros, quien reclamó para sí la paternidad del *Jardín* y tuvo el cuidado de reconocer sin reservas el apoyo resuelto que recibió del Emperador en las diversas fases de esta empresa, en un acto supremo de contrición patriótica rayada de *verdes* apetitos consejeros, tomó distancia de influencias y deudas posibles y quiso ingresar a la historia, una tarde de julio, proponiendo un deslinde que invocó el honor de una herencia (de inobjetable tradición francesa): “Brindo señores porque el Excelentísimo Ayuntamiento de hoy, deje en México un recuerdo como el que nos ha legado el conde de Revillagigedo”.<sup>16</sup>

#### 7. EL CRONISTA DE MÉXICO

Por otra parte, se sabe que en esos días de mayo y junio, el arquitecto Rodríguez también se ocupaba de la remodelación de la Plaza. Así lo muestra un plano “a la acuarela” firmado por Rodríguez Arangoity y fechado el 7 de junio (días después que *El Ma yqués...* publicó la primicia de la reseña de la columna).<sup>17</sup> Este plano induce a pensar que las intenciones arquitectónicas de Rodríguez no se ceñían estrictamente al monumento. El dibujo representa el conjunto de la remodelación. El contorno del monumento, un cuadrilátero cercado, está dividido en amplias secciones verdes, con fuentes emplazadas en las calzadas diagonales que van de las esquinas y convergen en el centro, el zócalo, donde se desplanta una columna cuya sombra espectral se tiende sobre la Plaza. Sin embargo, en el prontuario de los asuntos que preparaban Maximiliano y sus arquitectos, que se conserva en el Archivo del Ayuntamiento de la Ciudad de México,<sup>18</sup> no hay mención de

<sup>15</sup> Sólo existe el presupuesto: AHACM. Paseos, vol. 3585, exp. 97. Por otra parte, sin aportar ningún dato preciso ni tampoco la probable fuente de información, hace unos años Elisa García Barragán escribió a propósito del jardín del zócalo: “Para el año de 1866 don Ignacio Trigueros, presidente del Ayuntamiento, reformó el centro de la Plaza Mayor, parece que se basó en el proyecto de arreglo de la Plaza hecho por De la Hidalga en 1864, cuando nuevamente se pensó en hacer el monumento a la independencia [...]” “La ciudad republicana. Siglo XIX” en *La ciudad, concepto y obra*. México, UNAM, 1987, pp. 127-144.

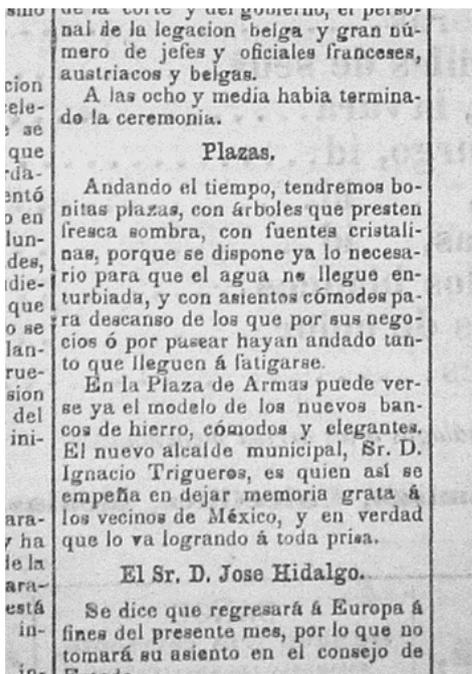
<sup>16</sup> *El Cronista de México*, 7 de agosto de 1866. Este periódico escribió “hemos querido dar cuenta a nuestros lectores de la celebración ‘del natalicio’ del Sr. Trigueros [...] en el Tivoli del Eliseo tuvo lugar la exquisita comida”. Seguramente hubo una errata en esa noticia y se trató de la celebración del “onomástico”. Ma. Teresa Bermúdez, biógrafa de Trigueros, anota en un libro pulcramente ilustrado que este personaje nació el 14 de abril de 1805 en la ciudad de Veracruz: *Album de Ignacio Trigueros*, México, 1995, 127 pp. ilus.

<sup>17</sup> Mapoteca Manuel Orozco y Berra. Colección Orozco y Berra, contrasena 1500, varilla 5.

<sup>18</sup> AHACM. Obras Públicas. Mejoras de la ciudad. 1866-1913. vol. 504 A, exp. 1. Es muy probable que este documento sea una copia de alguno de los dos que menciona Esther Acevedo, *Testimonios artísticos...*, p. 138.



Juan A. Mateos



El Pájaro Verde, 9 de marzo de 1866

jardines, ni de algo que pudiera sugerirlos; únicamente se indica, en uno de los puntos que allí se describen, que el arquitecto Rodríguez presentaría los dibujos y presupuestos del monumento a la independencia. Si bien se podría concluir de esto que el diseño del jardín estuvo fuera de la jurisdicción de este arquitecto y que algunos elementos del plano sólo tienen un valor escenográfico o decorativo, subsiste la incertidumbre de si Rodríguez pretendía, ilusoriamente, arrogarse el proyecto de la totalidad del espacio arquitectónico, aún cuando los trabajadores a cuenta del Ayuntamiento se esforzaban por concluir los prados y las fuentes del *Jardín de la Plaza*.

En efecto, el 13 de junio, *El Pájaro Verde* informó a sus lectores que el Ayuntamiento hacía los mayores esfuerzos para estrenar “el hermosísimo centro de la Plaza imperial el día 6 de julio, natalicio de S. M. el Emperador”, y una semana después adelantó los pormenores ornamentales de las fuentes: “ocho cisnes u otras figuras que arrojarán chorros convergentes a una taza central, cuya columna rematará en una piña, que es la fruta del escudo imperial”.<sup>19</sup> No obstante y para informar de las expectativas de la sociedad imperial, la noche del cumpleaños del Emperador en la Plaza no hubo más festejos que el centelleo sorprendente de los fuegos artificiales. Y tras la pirotecnia festiva del 6 de julio, la prensa no volvió a ocuparse más del jardín.

<sup>19</sup> *El Pájaro Verde*, 21 de junio de 1866.

Hasta el 4 de agosto en que un afligido *Cronista* transmitió la infame noticia de que habían sido interrumpidos los trabajos para la formación de “los jardines” del costado “que mira a la Catedral”. Entonces ocurrió el tercer momento, y el único explícito, sobre los nexos entre el *Jardín de la Plaza* y el proyecto de monumento a la independencia. Nada oficial, sólo una referencia oficiosa: “Se nos ha dicho”, fue el recurso evasivo que utilizó el redactor de *El Cronista...* para encubrir el origen de su información: los “jardines” habían sido suspendidos con el fin de “dejar libre un punto por donde [pudieran] entrar los materiales para la formación del monumento que se [pensaba] elevar en el zócalo”.

Semejante a la pesada voz de un desencanto, pero incapaz de omitir el redundante aplauso a las autoridades municipales, *El Cronista* no desaprovechó la circunstancia para emprender la más abierta promoción de las bellezas del *Jardín* hasta entonces escrita en las páginas de los diarios. Incitado, tal vez, por el temor a que los bellos “jardines” resultaran perpetuamente abandonados, creyó (como si fuera el eco de un veredicto de Tadeo Ortiz) que sería difícil que otro Ayuntamiento desplegara empeño semejante, y propuso, por tanto, el 16 de septiembre como la fecha perfecta para la inauguración de los jardines, aduciendo que éstos no serían obstáculo para el acceso de los materiales, y que resultaría imposible que en esa fecha hubieran iniciado la construcción del monumento. No hay muchos puntos del gobierno imperial hacia donde dirigir la mirada

en busca de una autoridad responsable de la disposición. Es probable que la queja proviniera de las mismas autoridades municipales, y quizás el quejoso fuera el Alcalde Trigueros, quien vería en el aplazamiento una cierta amenaza a la continuación de sus previsiones políticas. Pero el tono solicitante y oblicuo que asume *El Cronista...* me da pie para conjeturar si no fue el mismísimo Emperador el responsable de esa medida.

Podríamos especular, adicionalmente, si tal suspensión fue o no provocada por una explicable falta de recursos financieros en las arcas de la ciudad, empero un testimonio al parecer irrefutable revalida la versión difundida en *El Cronista de México* y, por consiguiente, atestigua la intención oficial de iniciar la construcción del monumento antes del 16 de septiembre de 1866. Se sabe por el “extracto” de un documento enviado por el Ministro encargado del Fomento y remitido al Emperador por conducto de su Secretaría privada el 24 de agosto, que en los días previos a esta fecha en las oficinas del Ministerio de Fomento se hallaban para su estudio y resolución los proyectos entregados por Ramón Rodríguez. La revisión del expediente no fue favorable, pero de ningún modo implicó un rechazo definitivo. Así lo informó el Ministro de Gobernación, encargado de Fomento, y propuso, para llegar a una resolución definitiva, que se exigiera a Rodríguez la presentación de los estudios completos y que una comisión de arquitectos emitiera en seguida el dictamen correspondiente. Entonces, quien sabe si en descargo de una conciencia culpable, el Ministro adelantó una explicación no pedida, advirtiendo que esos “trámites” no entorpecían “lo relativo que el 16 de septiembre estén comenzados los trabajos”. El Emperador no tomó, al parecer, una decisión inmediata. Al final del “extracto” se encuentra una nota escrita a lápiz: “retenido”.<sup>20</sup> Y mientras éste meditaba sobre los medios de realizar su regio proyecto, el 28 de agosto *El Cronista...* anunció el estreno oficial del nuevo *Paseo de la Plaza*.

Apenas es necesario decirlo, el 16 de septiembre no se inauguraron los “jardines” ni las obras del monumento se iniciaron antes de esa fecha, como había sido la intención oficial, según hemos visto. Este hecho sería bastante para indicarnos que había llegado la hora final del proyecto. Pero no fue así, los días de agonía se prolongaron un poco más. Informado, en algún momento desconocido, de la resolución que le “exigía” los “estudios completos”, el arquitecto se dio a la tarea de preparar los “planos y la memoria descriptiva” que le habrían sido requeridos. El 20 de octubre, Rodríguez se dirigió al Director de la Academia Imperial de San Carlos solicitándole que:

<sup>20</sup> “Extractos de las piezas que se remiten al Emperador por conducto de su Secretaría el 24 de agosto de 1866.” AGN, Segundo Imperio, vol. 57, exp. 31.

“Habiendo concluido los trabajos relativos a los detalles [...] y deseando que antes de entregarlos al Ministerio de Fomento, donde existe el complemento de los dibujos, una comisión científica formada por ingenieros elegidos por la Academia”, después de juzgarlos emitiera un informe en lo cual, agregó, estaba “interesado el honor de la corporación a que tengo la honra de pertenecer, y a cuyo juicio considero necesario sujetar esta clase de trabajos que tienen una importancia que v. s. mismo conoce”.<sup>21</sup> ¿Fueron atendidos los deseos del arquitecto?

No hay respuestas. Ignoro lo que pudo haber sucedido más tarde. Sólo consta que los planos le fueron devueltos por orden del Director para que el arquitecto los entregara al Ministerio de Fomento. Si los entregó, era demasiado tarde. Los días finales de octubre trajeron jornadas de incertidumbre para el Imperio. El 23 de octubre, la fecha en que Rodríguez firmó la nota de devolución que aparece al margen del escrito que había dirigido al Director de la Academia, Maximiliano se hallaba en camino a Orizaba. Tal como meses atrás lo había advertido Juan A. Mateos, en aquel “sedicioso y subversivo” artículo publicado en *El Marqués de Caravaca*, “los acontecimientos anunciaban la caída del Imperio” y los vaivenes políticos habían colocado el trono de Maximiliano en el cráter de un volcán a punto de reventar.

## 8. LA PATRIA

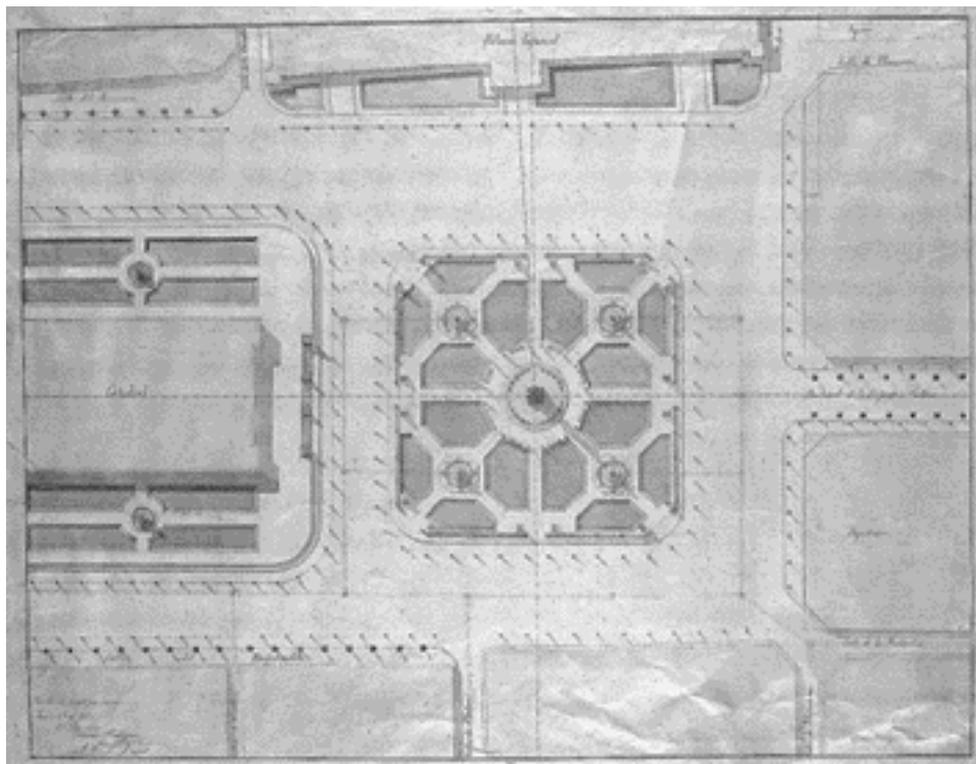
Entretanto, nuevos sucesos urbanos fueron narrando inadvertdamente las sucesivas e imaginarias peripecias de un monumento que paradójicamente falleció sin nacer. En noviembre sobrevino el primer gran acontecimiento. En medio de las circunstancias políticas que eclipsaron el optimismo social y las fantasías del Imperio, Ignacio Trigueros montó, durante las fiestas de Todos los Santos, un espectacular simulacro de concordia social donde la aristocracia imperial exhibió sus mejores atuendos de vanidad y “buen gusto”. El zócalo y el *Jardín* se convirtieron en pasmoso escenario nocturno en que se dieron cita los fantasmas de la ciudad iluminados por el aura fosforescente de la elegancia.

Brillante golpe de vista —resumió *El Cronista...*— presentaba el paseo de la plaza en la noche del jueves. El Excmo. Ayuntamiento [...] iluminó con gas y faroles a la veneciana los vistosos jardines, [...] las bellas pudieron a la vez que lucir sus ricos y elegantes trajes, gozar de una dulce y regalada atmósfera, embalsamada por las flores.<sup>22</sup>

A partir de esa noche, el zócalo quedó atrapado en los futuros episodios del *Jardín*. Casi naturalmente, diría-

<sup>21</sup> Academia de San Carlos, 6472.

<sup>22</sup> *El Cronista de México*, 3 de noviembre de 1866.



© Archivo Fondo Reservado / Biblioteca Nacional

Plano de la "Remodelación de la Plaza de Armas", acurela, 1866, en Esther Acevedo, *Testimonios artísticos de un episodio fugaz (1864-1867)*, México, Museo Nacional de Arte, INBA, diciembre 1995-febrero 1996

mos, al margen de la voluntad imperial, el inhóspito basamento de antaño fue adquiriendo poco a poco funciones y significados inéditos, quizá de la misma forma instintiva en que la crónica del paseo del *Jardín de la Plaza* arribó un día a las páginas de *El Cronista de México*, o quizá de la misma manera impensada en que las bellas de la ciudad y sus deslumbrantes atuendos, "bañados por la suave luz de la hermosa luna", abandonaban paulatinamente el polvo y las pleróticas banquetas de las cadenas de la Catedral, para irrumpir con sus pasos menudos en las glorietas, en las calzadas, en los meandros de un "elegante" paseo saturado con las fragancias de melancólicas flores: violetas, rosas, floripondios, geranios, heliotropos; acaso de tiernos y olorosos eucaliptos.<sup>23</sup>

Así sucedió en abril de 1867, pocos meses después de la inauguración, el 12 de diciembre de 1866, de los "vistosos" juegos hidráulicos de las fuentes en los que se aplicaron muchos ingenios y esfuerzos.<sup>24</sup> Eran los últimos días del "orden" imperial. Entonces, a pesar de "las penu-

rias de la ciudad", se colocaron unas bancas circulares en el contorno del zócalo y en su perímetro se construyó una balaustrada con pilares de cantera ornamentados con rejas de hierro (jirónica y victoriosa reminiscencia del monumento proyectado en 1843 por De la Hidalga?). Y lo mismo ocurrió en los restaurados aires del "caos" republicano. Baste recordar dos incidentes ocurridos en 1867. Primero, el 15 de julio, día de la entrada triunfal del presidente Juárez, el *Jardín* se convirtió en "un pequeño edén" y en el zócalo se improvisó "una estatua colosal de la Victoria", y luego, hacia mediados de septiembre el Ayuntamiento dispuso la destrucción de esa estatua para formar en el centro del zócalo un ramillete, "un precioso bouquet", que por acuerdo unánime de la corporación fue dedicado a Margarita Maza de Juárez.<sup>25</sup> Pero ésta y otras fruslerías más, asociadas a la vanidad, la elegancia y al *bovarismo* que he insinuado a lo largo de estas líneas, son temas de otros capítulos donde el indulgente lector acaso hallará los rumores de la infausta obsesión decimonónica por adornar a la ciudad con apariencias de modernidad. **U**

<sup>23</sup> Estas plantas se mencionan en una de las crónicas del primitivo jardín. En una referencia tardía se habla de "plantas finas". Veinte años después se dice que los eucaliptos del jardín conservaban el recuerdo de la Emperatriz. En la *Memoria... correspondiente a enero-junio de 1866*, Ignacio Trigueros informó "un jardín que comprende plantas aromáticas y de diversas especies". *Memoria de los ramos municipales* [...], p 51.

<sup>24</sup> *Diario del Imperio*, 14 de diciembre de 1866.

<sup>25</sup> AHACM. *Paseos y Jardines* vol. 3586, exp. 40.

Las fotos fueron tomadas para este artículo de las fuentes originales por Claudia Flores Lobatón. Agradecemos al Fondo Reservado de la Biblioteca y la Hemeroteca Nacionales por las facilidades otorgadas, en especial al Sr. Liborio Villagómez.